



## EUCARISTÍA Y SERVICIO/MISIÓN DE ACOGIDA EN NUESTROS MONASTERIOS<sup>1</sup>

*Humberto Rincón Fernández, OSB<sup>2</sup>*

1. El lema del encuentro es muy breve, “*Nos amó hasta el extremo*”, tomado del comienzo del relato de la Última Cena en el Evangelio de San Juan. Quisiera entonces entrar de alguna manera en el contexto de esa cita que es todo el relato de la Cena.

Llama la atención, en un primer momento, el hecho de que se nos narre con lujo de detalles el lavatorio de los pies, y no se nos diga nada de lo que tradicionalmente llamamos LA EUCARISTÍA: el gesto y las palabras de Jesús sobre el pan y el vino.

La última cena, la eucaristía entonces, en este evangelio, se llama lavatorio de los pies.

Dejo a los especialistas la discusión de qué fue lo que realmente ocurrió en la Cena: ¿acción sacramental sobre el pan y el vino? O ¿acción profética de lavar los pies como un esclavo?

Alguna vez leí, que parece ser que al comienzo de la vida de la iglesia, convivieron los dos gestos, pero poco a poco, por la facilidad y practicidad, prevaleció el del pan y el vino.

---

1 Conferencia pronunciada en el XII° EMLA realizado en San Antonio de Arredondo, Córdoba, del 30 de Septiembre al 6 de octubre de 2019.

2 Abad del Monasterio Santa María de la Epifanía, Guatapé (Antioquia), Colombia.

2. El primer versículo de este capítulo 13 del Evangelio de San Juan es muy solemne, y profundo. Habría que comentar cada palabra:

*<sup>1</sup>Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo.*

Estamos antes de la fiesta de Pascua, Jesús está preparando la celebración de su Pascua. Sabe que ya ha llegado la HORA de pasar de este mundo al Padre, es decir la hora de su glorificación, la hora de manifestarse definitivamente, de manifestar totalmente al Padre, de manifestar su gloria, su ser, su esencia.

Jesús a lo largo de su vida ya ha mostrado su amor a los suyos, pero ahora, en esta hora, lleva hasta el extremo ese amor, lo lleva hasta sus últimas consecuencias (hasta la muerte, hasta la muerte en cruz, hasta la muerte como un esclavo crucificado).

3. Todo este enunciado, es lo que desarrolla en los versículos que siguen:

*<sup>2</sup>Durante la cena,...<sup>4</sup>se levantó de la mesa, se sacó el manto y tomando una toalla se la ató a la cintura. <sup>5</sup>Luego echó agua en un recipiente y empezó a lavar los pies a los discípulos y a secárselos con la toalla que tenía en la cintura.*

**“Se levantó de la mesa”**, es decir que abandona el lugar que le corresponde, el puesto principal, el de maestro. Ya lo había dicho en otro texto evangélico: *¿Quién es más grande, el que está a la mesa o el que sirve? ¿No es acaso el que está a la mesa?... Y sin embargo, yo estoy entre ustedes como el que sirve* (Lc 22,27).

**“Se sacó el manto”**: San Pablo en Filipenses 2,6 ss. lo detalla más: *Cristo, a pesar de su condición divina, no se aferró a su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, haciéndose uno de tantos. Así, presentándose como simple hombre, se abajó, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz.*

**“Empezó a lavar los pies... y a secárselos”**, es decir, se puso a realizar una actividad propia de los esclavos o sirvientes de la casa, o de las mujeres de aquella sociedad patriarcal y machista.

4. Y siguiendo la lógica del himno de Filipenses, este rebajarse conduce a ser constituido Señor, a ser exaltado, a recibir el Nombre que está sobre todo nombre. Es decir a reconocer que este hombre es Dios, que así actúa Dios con el ser humano, que así es el amor de Dios por los suyos.

5. Sigue el relato con la escena de Pedro:

*<sup>8</sup>“No, le dijo Pedro, ¡tú jamás me lavarás los pies a mí!”. Jesús le respondió: “Si yo no te lavo, no podrás compartir mi suerte”.  
<sup>9</sup>“Entonces, Señor, le dijo Simón Pedro, ¡no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza!”.*

Pedro, por respeto al maestro, o tal vez por una falsa humildad, por un cálculo bien premeditado (si me dejo lavar, seguro que me va a pedir que yo haga lo mismo), se niega a aceptar este gesto de Jesús. Es demasiado comprometido. Pero ante la conminación de Jesús de que no tendrá parte con él, no serán amigos, perderán la relación maestro-discípulo, Pedro reacciona y pide que lo bañe todo. Que lo empape bien de esa acción amorosa del Señor.

6. Y concluye la escena con lo que tal vez había imaginado Pedro:

*<sup>12</sup>Después de haberles lavado los pies, se puso el manto, volvió a la mesa y les dijo: “¿Comprenden lo que acabo de hacer con ustedes?  
<sup>13</sup>Ustedes me llaman Maestro y Señor, y tienen razón, porque lo soy.  
<sup>14</sup>Si yo, que soy el Señor y el Maestro, les he lavado los pies, ustedes también deben lavarse los pies unos a otros”.*

Un dato curioso es que toma sus vestidos de nuevo, pero como que no se quita la toalla que llevaba amarrada. Sigue siendo servidor, esclavo, aún sentado a la mesa. El ser Señor y maestro no lo exime de seguir siendo servidor.

Y viene el mandato, correspondiente al del relato del pan y del vino (“*Hagan esto en memoria mía*”), repetido dos veces:

*<sup>14</sup>“Si yo, que soy el Señor y el Maestro, les he lavado los pies, ustedes también deben lavarse los pies unos a otros. <sup>15</sup>Les he dado el ejemplo, para que hagan lo mismo que yo hice con ustedes”.*

Lavarnos los pies unos a otros. Ese es el mandato. Hacernos esclavos y servidores de los demás es la consecuencia de participar en la Cena del Señor. Entregar la vida como él la entrega: hasta las últimas consecuencias.

7. Y sigue el capítulo con dos escenas interesantes: el anuncio de la traición de Judas y de la negación de Pedro. Es decir que desde el comienzo, existe la posibilidad de que los que participamos en la Cena, lo traicionemos o lo neguemos. Al Señor no le importa, por eso a pesar de lo que pueda pasar, nos sigue invitando a su mesa, a la mesa de su amor y de su entrega.

8. Quisiera recordar el otro gesto, el que nos es más común: el del pan y el vino. Jesús hace una declaración sobre esos dos elementos. Se identifica con ellos: este pan soy yo, que me entrego por ustedes. Me hago pan para ser partido, repartido, compartido. Soy vida entregada, compartida. El vino de esta copa es mi sangre que va a ser derramada para celebrar una nueva alianza. Este vino es mi sangre derramada para dar nueva vida.

Y no falta aquí el mandato: “*Hagan esto en memoria mía*”<sup>3</sup>.

Y realizar esta acción sacramental en cada Eucaristía es tan comprometido como en el lavatorio de los pies. Comer el cuerpo de Cristo y beber su sangre, nos compromete a ser también nosotros para los demás cuerpo entregado, sin medida, totalmente; y ser sangre derramada, vida entregada gota a gota, para dar vida a los demás.

9. En ambos gestos de Jesús, queda bien clara la relación con nuestro tema de hoy: EUCARISTÍA: SERVICIO Y MISIÓN DE ACOGIDA EN NUESTROS MONASTERIOS. Participar de la Eucaristía, debe traducirse en la vida práctica de cada monje, de cada monja, en servicio, en acogida del otro, no sólo del huésped, que nos es más fácil, sino sobre todo del hermano o la hermana con la que compartimos un mismo ideal de vida.

Si se nos pide coherencia entre Eucaristía y vida, en relación con la acogida de los huéspedes, esa coherencia debe ser total comenzando por casa, comenzando por la comunidad. No puede haber auténtica acogida del huésped, sin verdadera y auténtica vida fraterna en el interior de la comunidad monástica. Los huéspedes,

---

3 Lc 22,19.

querámoslo o no, lo perciben cuando visitan nuestros monasterios. Muchas veces, en su visita, sólo toman contacto con el portero, el hospedero y el que les brinda la atención espiritual, pero dejan un sentido mensaje escrito agradeciendo a todos los monjes por el testimonio de vida, por la alegría, la entrega, la comunión con el Señor y con los hermanos que perciben en las celebraciones y en las atenciones que se les brinda calladamente. Cuando encuentran lo contrario, también lo perciben: la división, la envidia, la murmuración, la incoherencia de vida. No lo escriben, pero lo comentan. No se atreven a decirlo, pero se llevan un mal sabor de boca, un anti testimonio.

Y si estamos hablando de Eucaristía, estamos hablando de comunidad. La comunidad es la que celebra la Eucaristía. Uno solo, aunque sea presbítero, no puede celebrar una Eucaristía -de hecho la Instrucción General del Misal Romano (#252), prescribe que al menos haya un ministro asistiendo al presbítero, y que solo por causa justa y razonable puede celebrar sin un ministro o un fiel # 254-. El “*ite, missa est*”, es un mandato en plural: ID....”Pueden ir”, decimos en castellano. Eso quiere decir que la misión que se deriva de la participación en la Eucaristía, no es una misión particular. Aplicado a nuestro tema de la acogida quiere decir que el hospedero, o la hospedera, representan a la comunidad monástica: no es un francotirador que actúa solo o sola. Y eso tiene también consecuencias para el que presta el servicio: actúa en nombre de la comunidad, no al margen de ella, o lo que es peor, contra ella. Y consecuencias para los demás monjes o monjas: ¿de qué manera estamos cerca del hospedero o de la hospedera, interesándonos por lo que hace, estando disponibles para echarles una mano?

El servicio de hospedería se presta por envío del superior o superiora, y de la comunidad. Es decir que el hospedero(a) está en comunión con ellos, y los mantiene al tanto de lo que allí sucede.

10. San Benito, nuestro padre, cuando habla de la recepción de los huéspedes, en el capítulo 53 de la *Regla*, nos remite al primer gesto que comentamos: al del lavatorio de los pies. En el Evangelio, Cristo, el maestro, lava los pies a los discípulos, sus hermanos, e invita a lavarnos los pies unos a otros, como hermanos, a hacernos esclavos y servidores de los demás como Cristo. Pero ahora san Benito da un giro muy interesante: el huésped ya no es solamente un hermano, sino la misma persona de Cristo que viene a visitarnos.

“Recíbanse a todos los huéspedes que llegan como a Cristo, pues Él mismo ha de decir: “Huésped fui y me recibieron”.

Se sobreentiende la lógica del capítulo 25 del Evangelio de San Mateo (Mt 25,31-46), “El juicio final”, de donde está tomado el texto: “*Les aseguro que cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo*”<sup>4</sup>.

Es decir que en san Benito, ya no es el sacramento del cuerpo y la sangre, el que me lanza a la misión y servicio de acogida en el monasterio, sino que es el sacramento del hermano. Tema muy frecuente en la *Regla*: el hermano no sólo representa a Cristo, sino que es Cristo mismo que viene a visitarnos, en este caso, y por eso el trato tan exquisito que se le da:

-“<sup>2</sup>A todos dése el honor que corresponde”. Es, decir el honor que corresponde a Cristo.

-“<sup>3</sup>Cuando se anuncie un huésped, el superior o los hermanos salgan a su encuentro con la más solícita caridad”. Se sobreentiende que salen presurosos ante semejante visita, y ponen todo su empeño en atenderlo lo mejor posible, o todo lo mejor de lo que son capaces, sin medirse, por eso habla de SOLÍCITA CARIDAD, que es el amor de Dios: incondicional, gratuito, sin medida.

-“<sup>4</sup>Oren primero juntos y dense luego la paz”. Según las instrucciones de Jesús a sus enviados: cuando entréis a una casa, decid primero: PAZ A ESTA CASA (Lc 10,5). Es Cristo el que viene a traernos la paz, en el huésped que llega.

-“<sup>6</sup>Muestren la mayor humildad al saludar a todos los huéspedes que llegan o se van, <sup>7</sup>inclinando la cabeza o postrando todo el cuerpo en tierra, adorando en ellos a Cristo, que es a quien se recibe”. Y se le trata con la mayor humildad, la adoración, el reconocimiento de que se está recibiendo a Cristo mismo. Sólo a Él se le adora.

-“<sup>8</sup>Lleven a orar a los huéspedes que reciben, y luego el superior, o quien éste mandare, siéntese con ellos. <sup>9</sup>Léanle al huésped la Ley divina para que se edifique, y trátenlo luego con toda cortesía”. Este orar juntos, leer la Ley divina y sentarse, se parece a una Eucaristía. Celébrese la Acción de Gracias con el huésped, que es Cristo.

-“<sup>10</sup>En atención al huésped, el superior no ayunará”. Siguiendo la lógica evangélica, no puede ayunar, porque el novio está con ellos. Están de fiesta.

---

4 Mt 25,40.

-“<sup>12</sup>El abad vierta el agua para lavar las manos de los huéspedes, <sup>13</sup>y tanto el abad como toda la comunidad laven los pies a los huéspedes”. Somos sus servidores, sus esclavos, estamos dispuestos a servirlos, a entregar nuestra vida por ellos, a entregarles lo que somos y tenemos.

-“<sup>14</sup> Después de lavarlos, digan este verso: *Hemos recibido, Señor, tu misericordia en medio de tu templo*<sup>5</sup>”. Y no podía ser de otro modo: le damos gracias al Señor por habernos visitado. Hemos recibido su misericordia en esta visita.

Yo creo que todos en nuestros monasterios hemos vivido esa experiencia: los huéspedes no son un estorbo. Un mal menor que tenemos que soportar en nuestra vida monástica.

Son sin duda un testigo fiel de lo que hacemos, y de cómo lo hacemos. Testigo de la autenticidad de lo que a veces hacemos distraída o rutinariamente. Ellos mismos nos dan testimonio con la fe tan grande que poseen, por el esfuerzo de coherencia que se proponen en su vida, de cómo luchan en su vida ordinaria por mantenerse fieles llevando una vida esforzada, de mucha lucha por conseguir el pan de cada día, por administrar bien su casa, por ser responsables en su trabajo que no abandonan con cualquier disculpa, etc.

11. Para concluir, quisiera citar nuevamente a san Benito cuando en el mismo capítulo 53 nos dice quién puede ser hospederero:

<sup>21</sup>Un hermano cuya alma esté poseída del temor de Dios, se encargará de la hospedería, <sup>22</sup>en la cual habrá un número suficiente de camas preparadas. Y la casa de Dios sea sabiamente administrada por varones sabios.

Como todo en el monasterio, este servicio se vive también en el temor de Dios, es decir en la presencia de Dios. Desde la fe comprendo que mi vida está siempre presente a sus ojos. No para vigilarme y ver cuándo caigo para castigarme, sino para amarme con su mirada y su amor misericordioso. Soy amado de Dios, y mi vida trasluce ese amor en mi relación con los demás.

Vivimos tiempos difíciles en la Iglesia con el problema de los abusos sexuales de menores. No voy a hablar aquí de ese tema, que no me corresponde, pero sí quiero aprovechar lo que el Papa Francisco ha comentado al respecto en varias intervenciones: al abuso sexual le precede el abuso de poder y el abuso de conciencia.

El ser monjes o monjas nos da un estatus muy especial ante los fieles y ante la gente que acude a nuestros monasterios. Nos miran poco menos que a un santo, o una santa. Y esto, inconscientemente, crea en nosotros una conciencia de ser superiores a los demás, de estar por encima de ellos. Eso se llama tener poder. Y fácilmente podemos deslizarnos por ahí: por un abuso de poder. Podemos aprovecharnos de los demás, en este caso de los huéspedes, en beneficio propio: para llenar nuestras carencias afectivas, para hacer amistades que nos atiendan cuando salimos a la calle, para obtener bajo cuerda algún beneficio económico, o que nos hagan regalos y nos mimen, o lo que sería peor, para aprovecharnos de los aportes económicos que dejan para el monasterio.

Y todo esto, amparados por el abuso de conciencia: fácilmente encontramos motivos para justificar nuestra actuación. “Soy el hospedero o la hospedera, y debo atender con amabilidad a los que llegan... No puedo ser seco o frío con ellos... No estoy haciendo nada malo (y nada bueno tampoco)... Yo también necesito mis compensaciones... Trabajo demasiado y merezco alguna recompensa, etc...”

Recordemos entonces lo dicho en esta reflexión: nuestro servicio de acogida tiene su fundamento en la Eucaristía. Acogemos y servimos a los que vienen al monasterio porque queremos prestarles el servicio humilde de Cristo en la última cena; queremos entregar la vida como Él. Acogemos al huésped o visitante, porque es la persona misma de Cristo que viene a nuestro encuentro. Y todo esto lo hacemos con pureza de corazón, sin motivaciones torcidas, porque se trata de Cristo mismo, nuestro Señor.

*Monjes benedictinos  
Oficina de Correos  
Guatapé (Antioquía)  
COLOMBIA*